

Plática X. Sobre el quinto precepto.	132.
Plática XI. Sobre el sexto y noveno precepto.	144.
Plática XII. Sobre el séptimo precepto.	151.
Plática XIII. Sobre el octavo precepto.	167.
Plática XIV. Sobre el décimo precepto.	179.



PLÁTICA I.

EXPLICACION DE LA SEÑAL  
DE LA SANTA CRUZ.

*Per signum crucis ✱ de inimicis nostris ✱ libera nos Deus noster ✱:  
In nomine Patris, et Filii, et Spiritus ✱ Sancti. Amen.*

Por la señal de la santa cruz ✱ de nuestros enemigos ✱ libranos Señor Dios nuestro ✱:  
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu ✱ Santo. Amen.

SEÑORES:

Con estas sencillas palabras y esta augusta señal de cruz hacemos exteriormente la protesta de la fe que  
Tomo XVII. A

profesamos en el sacro bautismo. En él nos consagramos á Dios, recibimos los dones del Espíritu Santo, y nos alistamos en la milicia de Jesucristo, para observar sus leyes y ordenanzas; para batirnos con sus enemigos en defensa de su honor y gloria, y para nuestra salud con su auxilio hasta agonizar por la justicia de su causa y nuestra, mientras vivimos sobre la tierra; para celebrar con él su triunfo en la eternidad. En el momento pues en que fuimos reengendrados en estas aguas saludables, como carecíamos del uso de la razon, suplieron este defecto nuestros padrinos, la Iglesia admitió nuestras solemnes promesas, nos recibió en su seno como á hijos, y Dios, por ministerio del sacerdote que hacia sus veces, confirmó este pacto, nos ungió para la lucha, nos selló en virtud del sacramento con un carácter que no puede borrarse; y armados con un signo misterioso

y triunfante, fuimos alistados baxo la bandera de Jesucristo.

Esta es la cruz en que murió, por la cual fuimos salvos y libertados de la esclavitud de Satanás. Este es el glorioso estandarte en que fue exáltado el Salvador del mundo, para traer á sí todas las cosas; el adorable instrumento en que venció á todos sus enemigos; el muro inexpugnable que nos señaló para defensa, y la armadura fuerte é invencible que ordenó á la Iglesia su esposa nos vistiese, así para que triunfáramos de todos nuestros enemigos, como para que manifestáramos la fe y profesion de sus adorables misterios. Estadme, os ruego, atentos, mientras os explico la gran confianza que debeis tener en la señal de la santa cruz, los sublimes misterios que encierra, y el respeto y veneracion con que debeis usarla.

I. Como Jesucristo venció en la cruz al demonio, al mundo y á

la carne sus enemigos, que lo son tambien nuestros, quiso armarnos con el mismo escudo, para que á su exemplo y con sus mismas armas triunfásemos tambien nosotros. Por esto nos dice en su evangelio: "el que quiera venir en pos de mí á la victoria, tome su cruz, y sígame." ¿Qué confianza pues no deben infundirnos estas palabras? ¿Qué seguridad de vencer, atendida la promesa de Jesucristo, no debe inspirar al cristiano á armarse con la señal de la cruz, que es la que su Redentor le presenta, para combatir con sus enemigos y conseguir el triunfo?

No en vano la Iglesia desde los tiempos primitivos ha mandado á sus hijos usen de este signo para preservarlos de la corrupcion. De esta antiquísima disciplina dimana la costumbre de llevar delante la cruz en las procesiones, de exáltarla en los caminos, á las entradas de los pueblos, sobre los templos, en las tor-

res &c.; para manifestar que esta es la bandera, baxo la cual nos alistamos por nuestra profesion de cristianos, para combatir por la gloria de Jesucristo, y obrar nuestra salud eterna con el auxilio de su gracia, á pesar de nuestros enemigos. Con este signo fue revelado al gran Constantino que venceria al emperador Maxencio, enemigo declarado del cristianismo; á cuya victoria se siguió la deseada paz de la Iglesia, perseguida por espacio de tres siglos; y la cruz del Salvador se vió bien presto exáltada sobre la frente de los mas altos emperadores y monarcas del universo. En este adorable signo han triunfado nuestros guerreros de los mahometanos y hereges en sus mas sangrientos combates á favor de la religion y de la patria. Con esta señal acostumbraron nuestros padres y mayores en la fe dar principio á todas sus obras, en cumplimiento de lo que nos amonesta el Apóstol; á

saber, que todo lo hagamos en nombre de Jesucristo. De S. Juan Evangelista refiere la historia eclesiástica, que estando próximo á la muerte, se signó con la cruz, y entró en el sepulcro. Con la misma señal se armó la protomártir santa Tecla para arrojarse (por inspiracion divina) al fuego, y salió ilesa.

¿Pero qué mucho, si en la antigua ley vemos el signo de la cruz, simbolizando la victoria de los hijos de Dios, y su glorioso triunfo de los enemigos? Aquí vemos á Moisés puesto en cruz sobre una montaña, elevando sus manos contra los amalecitas, hasta que fueron completamente derrotados; para darnos á entender, dice S. Cipriano, que con la oracion y la señal de la cruz pueden triunfar los fieles de todos sus adversarios. Allí vemos al mismo Moisés, que eleva en el desierto una serpiente de metal, figura expresa de la cruz, para que mirándola, sa-

nasen los que estaban mordidos por las serpientes de fuego, para darnos la esperanza, que exáltado Jesucristo sobre la cruz, nos sanaria y libraria de las mordeduras de la serpiente infernal. Hallamos igualmente en Ezequiel, que cuando el Señor envió su ángel á castigar á Jerusalem, mandó que solo fuesen libres los que tuvieran en su frente el signo de la figura de la cruz.

Tan fuerte es esta armadura del cristiano, no solo contra la carne y la sangre, sino principalmente contra los príncipes y potestades infernales, con los cuales debemos de ordinario combatir, segun el Apóstol. Á vista de este signo, dice S. Efren, se estremece el demonio, y todas sus huestes huyen precipitadas: y del gran Antonio Abad refiere S. Atanasio, que decia con frecuencia á sus discípulos: la señal de la santa cruz, y una fe ardiente en Jesucristo, son escudos inexpugnables y un

muro de bronce contra las maquinaciones del demonio. Seria interminable, si me propusiera anunciaros todos los exemplos que traen sobre la materia S. Cipriano, el Crisóstomo, el Nacienceno y S. Gerónimo en la vida de S. Hilarion.

Todo esto dimana de que el cristiano fortalece con la señal de la cruz todas aquellas partes en que el demonio puede herirnos, para que ofendamos á Dios. De tres modos ofendemos de ordinario al Señor; á saber, por pensamiento, palabra ú obra contra su ley eterna. Los pecados por consiguiente unos se consuman en la mente, otros en los labios y otros en el corazon; y esta es la razon porqué al persignarnos hacemos la primera cruz en la frente, la segunda en la boca, y la tercera en el pecho. Con la cruz que hacemos en la frente, donde reside el entendimiento, armamos á este y á la imaginacion, que son como prin-

cipio de nuestro bien ó mal, para defendernos de los pensamientos é imaginaciones con que el comun enemigo nos asalta. Con el signo que hacemos en la boca armamos nuestra lengua (que cuando se desata es una universidad de iniquidades, segun el Espíritu Santo), para que se contenga en sus límites, y no profiera palabra alguna contra Dios ó contra su ley santa. Con la señal que hacemos en el pecho armamos nuestro corazon, y en él todos nuestros miembros, por ser el que manda las carnes, para que se conduzcan conforme á la voluntad de Dios; porque el corazon es en cierto modo principio del movimiento de los demas miembros, dándoles virtud para que obren. Él en efecto mueve la mano del que da la limosna, y la retrae del que pudiéndola dar, la niega. Él conduce con ligereza los pasos del que va á levantar á su próximo caido, y él pone el puñal

en las manos del vengativo ó asesino. Del corazón, dice S. Mateo, salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, los falsos testimonios y blasfemias. Por tanto es necesario signarlo con la cruz, para que de buena voluntad se ocupe únicamente en amar á Dios y á su próximo.

II. Despues de las tres cruces que al persignarnos hacemos en la frente, boca y pecho, para ponernos á cubierto de los asaltos y asechanzas de nuestros enemigos, nos santiguamos. Esto consiste en una gran cruz, que nos formamos con el dedo del corazón y el índice juntos y abiertos (cerrados los demas) en la frente, en el vientre y en los brazos, para invocar el auxilio de Dios, y hacer una protesta de los principales misterios de nuestra fe católica. Al tocar la frente decimos: *en el nombre del Padre*; al tocar el vientre decimos: *del Hijo*; y al pasar la mano

de un brazo á otro decimos: *y del Espíritu Santo*. Decimos en el nombre, y no en los nombres, para protestar, como principio de nuestra creencia y fundamento de nuestra justificación, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque distintas Personas, tienen una misma sustancia y esencia, una misma divinidad, omnipotencia, infinidad &c.

Nombramos en primer lugar al Padre, no porque sea mayor, ni anteceda en eternidad, poder y dignidad á las demas Personas, porque en todo son iguales, sino porque el Padre es el origen de las otras Personas y de todas las cosas; pero en todo igual y consustancial al Hijo eterno y al Espíritu Santo. Para invocar al Padre, tocamos en primer lugar la frente, donde reside el entendimiento, para confesar, que por el conocimiento que el Padre tiene de sí mismo y de sus infinitas perfecciones, engendra eternamente al Hi-

jo de su misma sustancia. Al nombrar é invocar al Hijo, llevamos la mano al vientre, para confesar que el eterno Padre lo engendró del útero, como por David se explica, antes que al lucero de la mañana; es decir, por toda la eternidad. Pasamos despues la mano del brazo izquierdo al derecho, para confesar que del amor sustancial y necesario del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo, en todo igual y consustancial al Padre y al Hijo. Hé aqui una clara confesion de Dios Trino y Uno, diseñada en la formacion de esta cruz, con que nos santiguamos.

Ademas del augusto misterio de la Trinidad beatísima, protestamos de corazon el de la Encarnacion del Verbo eterno; porque desde la frente, donde contemplamos al Padre engendrándolo en la eternidad, segun dexo explicado, venimos con la mano al vientre, para confesar por es-

ta demostracion, que el que es engendrado en la mente de Dios Padre por generacion eterna, descendió al vientre de una Vírgen, donde fue concebido en tiempo por obra del Espíritu Santo. Pasamos en seguida la mano de un brazo á otro invocando al divino Espíritu, para confesar que todo lo obró el Verbo por su amor al hombre, á quien se propuso redimir á costa de su sangre.

Esta adorable pasion y muerte para satisfacer por nuestras culpas á la divina justicia, se significa claramente por la señal de la cruz, que fue el instrumento del acerbo suplicio de nuestro Redentor, el signo de nuestra salud, la cátedra de nuestra ensefianza, y el indicio de la remision de nuestros pecados, con arreglo á los oráculos de los profetas; pues al pasar la mano del hombro izquierdo al derecho, damos á entender que Dios Trino y Uno, en virtud de la encarnacion del Verbo,

y atendido el precio y mérito infinito de su preciosa sangre, del lado izquierdo en que nos tenía nuestra culpa, fuimos pasados á la diestra; es decir, al derecho de la vida eterna, que habíamos perdido por el pecado de origen.

Tal es, señores, en sumario la armadura invulnerable, el muro inexpugnable de la cruz con que el Señor se ha dignado prepararnos contra los continuos asaltos de nuestros enemigos; y tan adorables son los grandes misterios que esta augusta señal encierra. ¿Qué mas ha podido hacer por nosotros Jesucristo, que morir por redimirnos, y vestirnos con las mismas armas con que venció á todos sus enemigos? ¡Ó cruz preciosa, cruz adorable, árbol de la vida! Por ti nos reciba el que por ti nos redimió, como clamaba en otro tiempo el apóstol S. Andres: aunque contra mí se conjuren todas las huestes infernales y las potestades aé-

reas, yo esperaré en la virtud del Crucificado, que te consagró con el contacto de sus miembros, y te nos expuso por signo de nuestra salud, y por memorial perpetuo de sus adorables misterios.

III. Con cuánta reverencia pues, con cuánto respeto no debemos los cristianos usar de esta señal, que es la bandera excelsa, triunfante y gloriosa de Jesucristo, baxo la cual militamos, y en la que ha de venir al fin de los dias á juzgar vivos y muertos? Hago, señores, esta amonestacion, porque observo, no sin amargura de corazon, que la mayor parte de los fieles no saben persignarse. Contentos con hacerse cuatro garabatos con los dedos sobre el rostro ó sobre el pecho, no atienden á la dignidad de la cruz, á los misterios inefables que encierra, á la virtud y fuerzas que nos promete para triunfar de nuestros irreconciliables enemigos. Acerca de lo



cual no sé quiénes sean mas criminales, si los que por desidia ó negligencia ignoran la formacion de estos signos, ó si los padres y curas de almas que no los han enseñado ó enseñan, para que no incurran en la anatéma del Señor, que declara malditos á los que hacen sus obras indebidamente ó con fraudulencia.

La materia, señores, no es indiferente, sino de sumo interes para nosotros, que armados con el escudo de la cruz ahuyentamos al demonio, y burlamos sus asechanzas; y hé aqui la causa porqué los fieles primitivos al acostarse, al levantarse, al desnudarse, y al emprender cualquiera otra cosa, se signaban y santiguaban, como afirma Tertuliano. Lo mismo aconsejan S. Marcial, S. Gerónimo y S. Cirilo. Ademas, los grandes misterios que esta señal encierra deben llamar nuestra atencion, excitar nuestra fe, y encender nuestro amor y reverencia

á este adorable instrumento de nuestra redencion. Meditemos pues en este signo á Jesucristo crucificado, esta inocente víctima sacrificada en el ara de la cruz por nuestro amor, este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. ¡Qué digno es, señores, de recibir la gloria, el honor, la alabanza y la accion de gracias por los siglos de los siglos! Amen.





## PLÁTICA II.

### EXPLICACION

#### DE LA ORACION DOMINICAL

#### Ó PADRE NUESTRO.

*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis peccata nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris, et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo. Amen.*  
Matth. VI.

#### SEÑORES:

**L**a oracion en general consiste esencialmente en elevar la mente á Dios. Divídese en mental y vocal. La mental no es otra cosa que una devota

y cordial consideracion ó contemplacion afectuosa, que excita al hombre á bendecir y alabar al Señor. La vocal solo se distingue de ella en que se expresa por palabras, y la mental se exerce solo en la mente. En lo demas perfectamente convienen, porque una y otra deben proceder de un íntimo afecto ácia Dios, y ambas son necesarias al cristiano que desea salvarse. Mas dexando para otra ocasion tratar de la oracion mental, hablemos por ahora sumariamente de la que es principal entre las vocales.

Tal es la del Padre nuestro, que rezamos con frecuencia. Llámase principal y excelentísima, ya sea por la autoridad de su autor, que no fue ángel, profeta, ni puro hombre, sino el Unigénito de Dios humanado; ya se atienda á la excelencia de sus peticiones, que contienen todo lo mas perfecto é interesante que podemos pedir á Dios, por ser el Padre nues-

tro, como dice Tertuliano, una especie de compendio ó sumario del evangelio; pues por esta oracion pedimos al Señor todos los bienes de la vida futura y de la presente, así espirituales como corporales; y además suplicamos á Dios aparte de nosotros todo género de males. Oid, os ruego, con atencion su contexto, para aprender con perfeccion las palabras precisas con que nos enseñó esta oracion Jesucristo, y evitar ciertos disparates, que al rezarla pronuncian algunos de vosotros; y fixad en vuestra mente y corazon su inteligencia, para vuestra edificacion, y dar honor á Dios.

Estaba orando Jesucristo, dice S. Lucas, y cuando acabó, le dixo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos á orar, como Juan enseñó á los suyos. Entonces les dixo el Salvador estas formales palabras: *asi haréis la oracion: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el*

*tu nombre, venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dexes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.*

Esta oracion tiene dos partes. La primera es una especie de prefacio, ó por mejor decir, invocacion; y la segunda contiene las peticiones que podemos y debemos hacer á Dios, autor de todo bien perfecto. La invocacion se contiene en estas tres palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*; y todas ellas estan llenas de magestad, del espíritu de la religion, y deben inspirarnos el amor á Dios y al próximo. La primera palabra con que el Señor quiere ser invocado es la de *Padre*: título que con justa razon le conviene, no solo porque nos sacó de la nada, formándonos á su imágen y semejan-

za; no solo porque nos gobierna, sino principalmente porque habiendo enviado su Unigénito al mundo, para que haciéndose hombre en el vientre de una Virgen, nos redimiese del pecado, nos adoptó por hijos y coherederos de su reino por los méritos infinitos de Jesucristo. Como toda esta obra fue un puro efecto de su caridad y amor al hombre, para inspirarnos confianza en su bondad y misericordia, quiso le invocásemos baxo el nombre de *Padre*, esta dulce palabra, que alentará nuestro ánimo á esperar lo que pedimos. Decimos *Padre nuestro* y no *mío*, por dos motivos. El primero para darnos á entender que solo tiene un Hijo natural y consustancial, que es el Verbo eterno, que viniendo al mundo, nos dió poder para hacernos hijos adoptivos de Dios, y miembros místicos de su Hijo encarnado. El segundo motivo ó causa para llamarle *Padre nuestro*, es para traer-

nos á la memoria, que siendo todos hijos adoptivos de nuestro Padre Dios, tengamos union, sociedad, amor, caridad mútua, para tratar-nos como hermanos, llamados por coherederos del Salvador á su reino inmortal. Consideremos pues en estas dos palabras cuál es nuestra dignidad, y la estrecha obligacion que esta misma nos impone si queremos ser felices. Temamos no diga el Señor de nosotros lo que de los judíos pronunció por Isaías: hijos he nutrido y exáltado, y ellos me han despreciado. . . Si soy Padre, ¿dónde está mi honor?

En seguida de las palabras *Padre nuestro*, le invocamos diciendo: *que estas en los cielos*. Penetrad, os ruego, y fixad en vuestro corazon el sentido de estas notables palabras. La fe nos enseña, que Dios por su inmensidad, por esencia, presencia y potencia está en todas partes; que sin ocupar lugar llena el cielo y la

tierra, y que en él nos movemos, vivimos y somos, segun el Apóstol. Sin embargo decimos: *que estás en los cielos*, no porque pretendamos negar su inmensidad, sino por otras muchas razones que la religion y la moral de Jesucristo nos enseñan. En primer lugar, los cielos son la parte mas notable del mundo por su incorruptibilidad, por su grandeza y hermosura, por lo invariable y constante de sus movimientos. En segundo lugar, el sòlio del Señor está en el cielo, como David se explica, porque allí principalmente resplandece su poder y la magnificènciã de sus obras; así como aunque el alma está toda en el cuerpo, y toda en cada una de sus partes, sin embargo, su principal y mas noble asiento es la cabeza. En tercer lugar, en el cielo se manifiesta el Señor como en su sòlio á los ángeles y bienaventurados; pues aunque en todas partes, dice el Crisóstomo, presenta

Dios la magestad de su omnipotencia, en los cielos hace juntamente la manifestacion de su gloria, y ellos mismos, segun David, la publican: *caeli enarrant gloriam Dei.*

Ademas, esta expresion nos estimula á que elevemos nuestra mente á Dios, ya considerándolo en el sòlio de su grandeza, para humillar nuestro corazon, y adorarle en espíritu en compañía de los ángeles y santos; ya para protestar, que despreciamos todo lo terreno, por adquirir los bienes celestiales. Estas mismas palabras nos conducen como por la mano á que nos consideremos como peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, ó como viajeros á nuestra patria, es decir, al cielo, esta ciudad permanente, fabricada no por manos humanas, como las tristes y percederas habitaciones de este mundo, sino hecha por el Criador, para comunicar sus dones, y manifestarse eternamente

como es en sí á sus electos.

Finalmente, por esta expresion nos estimula nuestra fé á elevar nuestras manos puras á Dios, clamándole de todo corazon, como al mejor de todos los padres, á fin de que se digne hacernos templos dignos del Espíritu Santo, y á que ordene nuestras súplicas á su mayor honra y bien de nuestras almas. Animados de este espíritu podemos pedir con confianza á un Señor omnipotente y tan lleno de bondad para con sus criaturas, que jamas ha despreciado un corazon contrito y humillado que invoca su clemencia. Con esta preparacion de ánimo á que nos invitan las tres primeras palabras del *Padre nuestro*, manifestamos que buscamos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y en esta hipótesi, segun la promesa de Jesucristo, que es la verdad por esencia, se nos dará todo lo demas por añadidura. Asi debemos preparar nuestro espí-

ritu para entrar á hacer las peticiones de la oracion dominical ó *Padre nuestro*, que son siete.

I. En la primera decimos: *santificado sea el tu nombre*, para manifestar el deseo que tenemos de promover en nosotros mismos y en todos los demas el conocimiento, el temor, el amor y culto de la divina Magestad, á quien se debe de justicia el honor, la gloria y la alabanza por su dominio supremo y su excelencia. Por *nombre* entendemos la fama y noticia de Dios, y pedimos al Señor se haga conocer de todos, para que conociéndole, lo amen y reverencien, en lo cual, segun el evangelio, consiste la vida eterna: pues como en el mundo hay muchos infieles que lo desconocen, muchos judíos y hereges que lo blasfeman, muchos malos cristianos que injurian á su Dios, los que son sus verdaderos hijos, estimulados del zelo de su honra, manifiestan por esta

expresion el deseo que tienen de que su adorable nombre sea santificado, esto es, conocido de todos, honrado y bendecido, para que su honor y alabanza corresponda á la dignidad y excelencia de su nombre, segun la expresion de un profeta. Exemplo de esto nos dan los ángeles, los patriarcas y demas justos que gozan de su divina presencia, los cuales no cesan de entonar dia y noche en honor de su nombre, "santo, santo, santo, Señor Dios de los exércitos, llenos estan los cielos y la tierra de vuestra gloria; gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo." Hé aqui el espíritu que debe animarnos, cuando decimos: *santificado sea el tu nombre.*

II. Despues añadimos, *venga á nos el tu reino.* Este, dice un catequista, puede entenderse de tres maneras: reino de la naturaleza, reino de la gracia, y reino de la gloria. El primero es en el que Dios rige y go-

bierna á todas sus criaturas con su inefable providencia, y en este sentido le llama el real Profeta *Rey de todos los siglos.* De este reino no hablamos al presente, porque ya es venido. El reino de la gracia es aquel en que Dios dirige las almas, dándoles auxilios para que le sirvan y zelen su honra. Acerca de lo cual nos dice el evangelio: *el reino de los cielos está dentro de vosotros.* El reino de la gloria será despues del juicio universal; porque entonces separará el Señor, por ministerio de sus ángeles, los buenos de los malos, estos para el fuego eterno, y los justos para que eternamente le gocen, viéndole como es en si. Á estos únicamente dirá Dios: *percibid el reino que os está preparado.* Este reino principalmente es el objeto de nuestra peticion; pero ella supone al mismo tiempo el de la gracia de Jesucristo, sin la cual nada podemos obrar en orden á la vida eter-

na, ni merecer la corona de justicia y de gloria. Rogamos pues á Dios nos dé auxilios victoriosos, para que al salir de este mundo, como de un valle de lágrimas, de una molesta peregrinacion, y de una cruda y peligrosa guerra, nos conduzca á la eterna felicidad de su gloria, á reinar con los ángeles y santos.

Mas no perdais de vista, que para hacer con fruto esta peticion es necesario estemos siempre bien preparados. Y si me preguntais ¿qué preparacion es esta? Os diré con el Bautista: *haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos*; y nuestro Salvador, que dió principio á su predicacion con el mismo exordio, añade: el reino de Dios padece violencia, y con violencia se arrebata: *regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*. Esta violencia es la que auxiliados de la gracia debemos hacer á nuestro amor propio, á nuestras pasiones y ape-

titos, y la constante resistencia á nuestro comun enemigo, para entrar victoriosos en el reino inmortal, como verdaderos israelitas en la tierra de promision.

¿Cuán amables son vuestros eternos tabernáculos, Señor de las virtudes! Solo vuestra gloria, ó mi Dios, es capaz de saciar mis deseos, decia el real Profeta. Todo en esta vida es vano en comparacion de los bienes que teneis, Señor, preparados para los que os aman. Admírese en buen hora, decia S. Agustin, la fertilidad y hermosura de las flores del campo, la multitud de sus árboles y suavidad de sus frutos, la amenidad de sus prados, el dulce murmullo de sus arroyuelos, la suave y variada melodía del canto de las aves, la feracidad de las mieses y de las vides con sus pámpanos y racimos, la amenidad balsámica de los jardines, la diversidad de las bestias, de los reptiles é insectos,



la innumerable multitud de las aves, lo suntuoso y magnífico de los palacios y demas obras aplaudidas de las tres bellas artes &c. Todo es vano en comparacion del reino que pedimos al Señor venga á nosotros ; y estos soberbios edificios, tenidos por maravillas del mundo, son como nidos de golondrinas y telas de araña respecto de la patria celestial, donde ninguna necesidad turba, ninguna adversidad ofende, ninguna molestia inquieta, ningun dolor aflige, y donde reina una perpetua alegría, una suma paz, una tranquilidad imperturbable; de una vez, donde está todo bien perfecto, y donde nada malo puede haber, porque se ha de gozar eternamente de Dios, único bien supremo.

Este es, amados en Cristo, el reino que pedimos á Dios venga á nosotros. Es necesario pues para obtenerlo, no solo conocer sus ventajas, su grandeza incomparable y su

magnificencia ; no solo pedirlo al Señor con frecuencia y desearlo con ansia, sino trabajar tambien hasta el fin de la vida por su adquisicion. Y si me preguntais ¿ qué especie de trabajo es necesario para conseguir este reino inmortal ? Yo os diré con Jesucristo : si quereis entrar en la vida eterna guardad los mandamientos, que se reducen al amor de Dios y del próximo, y su compendio es la caridad. En ella es necesario perseverar hasta el fin para ser salvos. Grabad, os ruego, estas verdades en vuestro corazon, y obrad conforme á ellas si quereis gozar del reino de Dios con eterna felicidad, la cual os deseo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.